

3.

DISCURSO

pronunciado por el Presbítero D. Eujenio Guzman, miembro de la Facultad de Teología, electo por ella para llenar la vacante que dejó el fallecimiento del R. P. Fr. Lorenzo Soto, el día de su incorporación solemne, 25 de agosto de 1844; i contestación del Presbítero D. José Ipólito Salas.

Señores:

Un sentimiento irresistible de gratitud me impele a dirijiros la palabra para manifestaros mi reconocimiento. Ingrato seria a vuestra dignacion si sepultase en mi alma este movimiento que el corazon inspira i la razon aprueba cuando se a recibido un beneficio, i tal considero la gracia que me abeis dispensado asociándome a vosotros. Nunca me atreví a esperarla porque siempre la creí digna de talentos superiores a los míos, pero así lo abeis querido, i yo la acepto gustoso. Sin embargo, estaria mui léjos de admitirla por la debilidad de mis luces, cuya escasez no se me oculta, si no constase con el apoyo de vuestros conocimientos.

Mas, en este dia clásico para mí, en que por primera vez entro al templo de la sabiduria, séame permitido describir, aunque imperfectamente, un solo rasgo del cuadro grandioso que se me presenta a la vista. Este cuadro es la ciencia de la relijion, el conocimiento de Dios. La relijion e dicho; ¡grande espectáculo! Todo está aquí representado, i todo pintado con sus propios coloridos; Dios i el ombre, la virtud, el vicio i las pasiones, nuestros deberes, los acontecimientos umanos, nuestro principio i nuestro fin, el tiempo i la eternidad. Ella todo lo arrastra en pos de sí, principia en Dios, pasa por los siglos i no finaliza jamas: bella en su primera edad como la infancia, majestuosa en su robustez, terrible en la consumacion del mundo; tierra fecunda, cuyos preciosos i sazonados frutos alimentan mas allá de la vida. Ella establece relaciones íntimas i eternas entre Dios i nosotros, nos hace conocer a este Autor de nuestro ser, adorarle i amarle. ¡Cuántos i cuán varios objetos! ¡cuántas profundidades que sondear! qué elevados misterios! qué admirables instrucciones! qué dilatada série de verdades si ubiera de recorrerlas! ¿Seria preciso ablar de toda la relijion? i acer interminable mi discurso. Escojeré, pues, entre tantas bellezas, la que ocupa una parte mui remarcable de este cuadro magnífico i que llamamos Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

Vosotros sabeis, señores, cuál fué el resultado de la mision del Ombre-Dios sobre la tierra. Enviado al mundo para dar testimonio de la verdad, debia dejar entre los ombres un depositario de sus oráculos, que estando presente a todas las jeneraciones, les pudiese ablar a todas en su nombre: un depositario fiel, que en nada alterase la doctrina que nos abia legado: en fin, un depositario adornado de caracteres sensibles, para poder ser distinguido entre la multitud de los que abian de arrogarse el vano título de maestros i profetas, revestido de autoridad soberana para ejecutar sus órdenes i llevar al cabo el plan de la Divina Providencia en la santificacion del mundo. E aquí la Iglesia Católica fundada por Jesucristo; sociedad santa, institucion divina, i por consiguiente nada ai en ella que no sea digno de ocuparnos, nada que no merezca nuestra veneracion i omenajes. A la verdad, ¿qué cosa mas digna del ombre que rendir sus respetos a esta Iglesia Santa i a todo lo que la pertenece? Ella le ennoblece sobremanera, elevando su pensamiento a contemplar verdades de un órden superior, que la razon sola no le abria enseñado jamas; sin cuyo conocimiento mas pareceria irracional, que un ser dotado de la intelijencia. En efecto, ¿qué seria del ombre sin su auxilio? La luz de la razon, ofuscada por las pasiones, solo le presentaria precipicios, sin manifestarle los medios de salvarlos, i mereceria mas bien el nombre de tinieblas: la virtud i el vicio serian nombres vanos, i su corazon, sin regla que seguir, seria el juguete de sus caprichos i le degradaria asta el estremo. Cuantos an aspirado a la virtud, que es la sólida grandeza, se an afianzado en esta áncora divina, i los que creen elevarse despreciándola, acaso recojerán unas pocas flores de gloria efimera, que se marchitarán bien pronto. Un Bossuet, un Fenelon, un Granada, un Bourdaloue i otros muchos le deben su engrandecimiento, i si no se ubieran gloriado de ser ijos suyos, estarian quizá confundidos con la muchedumbre, o mirariamos con desprecio sus nombres, que aora son tan venerandos.

Emanada inmediatamente de Dios i obra de sus divinas manos, reúne en si todos los elementos que forman una sociedad perfecta. Su constitucion divina, dictada por la boca misma de la sabiduria encarnada, piedra angular de este soberbio edificio, se alla escrita con caracteres indelebles en el código sagrado del Evangelio. De aquí saca, como de un manantial inagotable, aquella luz indeficiente que ilumina a todos los que no cierran voluntariamente los ojos. ¡Qué sublimidad, qué profundidad en sus misterios! ¡qué santidad en su doctrina! ¡qué pureza en su moral! ¡qué majestad en su culto! De aquí la admirable armonia con que se rije, formando desus leyes i preceptos un variado i unísono concierto de máximas saludables que todas tienen por tendencia nuestra felicidad. De aquí en fin,

aqella calma imperturbable qe como una roca en medio de un mar embravecido, ve desacerse a sus pies la furia vana de sus enemigos. «El siglo 18, dice un docto escritor, abia amotinado contra ella las inteligencias, i todos sabemos con cuánto ardor i habilidad. La razon i la ciencia se abian reunido para destruir el reino de Dios, i yed aquí qe la ciencia i la razon, despues de aber escavado las entrañas de la tierra, sondeado los abismos del océano, interrogado las alturas de los cielos i explorado los monumentos de todas las edades, no an encontrado voces sino para llenar de bendiciones i admirar, como Balaam en otro tiempo, al pueblo qe acababan de maldecir.»

Su príncipe o cabeza es el Romano Pontífice, jefe universal de esta gran familia, a quien Jesucristo estableció centro de la unidad católica en virtud de la mas solemne promesa qe izo a San Pedro i sucesores suyos en el episcopado. Así es qe vemos grabada con letras de oro por la mano del Señor en la tiara de mas de doscientos cincuenta Papas qe an subido al solio pontificio esta inscripcion: *tú eres Pedro. Sí, Señores, Pedro se reproduce en cada uno de sus sucesores; Pedro vive en la Iglesia, dice el Padre San Leon, i aun le escuchan sus palabras, aqellas palabras qe el cielo puso en sus labios: tú eres el Cristo ijo de Dios vivo.* La Iglesia es una monarquía i el Papa ejerce en ella la plenitud del poder soberano; el gran Bossuet es quien lo dice i toda la tradicion. En fuerza de esta centrípeta i plenaria potestad, su autoridad se estiende a todas partes, i solo reconoce por límites los de la Iglesia misma; es otro Moises encargado por Dios para guiarnos a la Santa Sion; nadie está exento de su poder a excepcion de aquellos qe no son del rebaño de Jesus; los reyes, los príncipes, las naciones todas les deben vasallaje, si qieren ser parte del escojido pueblo. Al espresarme así, no temo la nota de ultramontanismo, porque mis palabras son el eco de toda la antigüedad. Así pensaron los Optatos, Agustinos, Ciprianos, Irenéos, Teodoretos i Bernardos; i los citaria uno a uno sino os creyese animados como yo de los mismos sentimientos. Todos acataron al sucesor de Pedro, se rindieron a sus decisiones i enmudecieron a su voz; todos se prosternaron en presencia suya, i reconocieron en él la viva imájen de aqel a quien se dijo: *sobre tí edificaré mi Iglesia.* En vano, pues, los incrédulos i novadores de consuno procuran despedazarla, ya esparciendo opiniones cismáticas, ya denigrando con epítetos infames la venerable persona del Sumo Sacerdote de la nueva alianza, porque sus tiros virulentos i emponzoñados escritos son el mejor antídoto contra sus errores. No, no conseguiran partir esta túnica inconsútil, i si alguna vez logran engañar, es solo a aquellos incautos, cuya fé moribunda los tenia ya casi fuera del redil.

Sus majistrados son los Obispos, en los que una distincion real i efectiva de honor i jurisdiccion marca la línea de diferencia que ai entre ellos i el resto de la jerarquía eclesiástica. Por lo que San Ignacio de Antioquia en su carta a los fieles de Magnesia se explica en estos términos: «no debeis ultrajar al Obispo ni despreciarle por su edad, sino tributarle todo respeto..... así lo practican los santos presbíteros, que sin atender a la juventud que ven en el Obispo, ceden, no a él, sino a Jesucristo Supremo Obispo de todos. En obsequio, pues, del que así lo ordena debeis obedecerle sin fraude o disimulo... Presida el Obispo en vez de Dios. Así Cipriano dice que los órdenes de la Iglesia son escalas para el episcopado, al que llama *fastigium sacerdotii*, la Suprema Magistratura. Por esta razon reside en él la fuente o el principio de todo el poder jurisdiccional que ejercen los sacerdotes. Esto era palpable en los primeros siglos, cuando, por decirlo así, no abia en cada diócesis mas que un templo, una cátedra, un altar. Los sacerdotes eran entonces el Senado del Obispo, i obedecian sus órdenes, como aquellos soldados del centurion de que nos habla el Evangelio. Así pues, compete a los Obispos la facultad de juzgar, el derecho de decidir en puntos doctrinales i el poder ligar las conciencias con cánones o leyes de disciplina, porque los destinó el Espíritu Santo para gobernar parte de la grei, segun la sentencia del Apóstol. Su mision es divina, su carácter augusto, sus funciones sacrosantas. Están colocados como antorchas para alumbrarla, como bravos guerreros para defenderla, i como pastores vijilantes para conducirla por las sendas de la sana doctrina. A ellos se les a dicho: *apacentad el rebaño del Señor*. ¡ Cuán glorioso es para la Iglesia ver cumplido a la letra en todos tiempos por el cuerpo de pastores tan importante encargo! Sí, Señores, volvamos los ojos a los mas bellos días de esta sociedad cristiana, i veremos a los Obispos oponerse constantemente ya contra los errores de la erejía, ya contra la corrupcion de las costumbres; los veremos en concilios ecuménicos, en asambleas provinciales, o ya individualmente batirse cuerpo a cuerpo con los enemigos de la verdad, confundirlos i avergonzarlos; los veremos padecer por su pueblo amado, el destierro, la confiscacion i la muerte; los veremos, en fin, muchas veces presentarse como soldados veteranos, cubiertos de onrras cicatrices, i rubricar la fé con su sangre. Millares de echos podria acumular en prueba de lo dicho si no me contuviesen la estrechez de un discurso i el respeto que debo a vuestras luces. Mas no puedo dejar en silencio, sin salir de nuestro Chile, la sabiduria i virtudes eróicas de veintitres dignísimos Obispos, que an gobernado la Iglesia de Santiago: sobre todo, la piedad i el zelo por la casa del Señor de los Villarrueles, Pozos, Aldayes, Rodriguez i

Vicuñas. ¡ Varones ilustres, ornamentos de nuestra Iglesia! ¡ Os reconocemos por padres! Vosotros sois dignos de estar al lado de los Borromeos, Mogrovejos i Ligorios. Vuestro nombre esclarecido pasará inmaculado a la posteridad, i el sucesor que se os prepara lo onrrará con sus virtudes.

Pero demos un paso mas, i entremos al santuario de la Iglesia, de esta esposa del Cordero, a contemplar sus preciosos atavíos, i a verla engalanada de otras tantas joyas cuantas son inestimables cualidades que la adornan. Su primer timbre es la *unidad*: forma esencial de lo verdadero i de lo bello, segun la espresion de San Agustin. El Ser infinito es uno, i *una* la sociedad personificada a quien cantó en sus divinos epitalámios. *Un Dios, una fé, un bautismo*, es la inscripcion sagrada que el Apóstol grabó sobre su frente. Ni puede ser de otro modo, porque siendo la verdad revelada una emanacion de la palabra eterna, es una como la esencia divina que produce, de suerte que la Iglesia, única depositaria de esta verdad, ella sola participa entre todas las demas sociedades relijiosas de este atributo eterno de la Divinidad. Una cadena admirable de verdades que principia en la creacion, se desarrolla i desenvuelve poco a poco a proporcion que la intelijencia umana se ace capaz de recibirlas, i el símbolo católico no es mas que el compendio de estas mismas verdades, manifestadas ya con toda su pompa i esplendor. Lo que la Iglesia a enseñado, enseñará siempre, i diez i nueve siglos no an podido alterar en nada su creencia. La luz radiante de la fé existente en la Iglesia pasa inmutable por todas las jeneraciones, i a todas las ilumina de un mismo modo. Esparcida por el mundo, mediante la predicacion del Evanjelio, estrecha los paises mas distantes con lazos fraternales, i a pesar de los obstáculos que le oponen la diversidad de idiomas, leyes i costumbres, ace un solo pueblo de todas las naciones de la tierra. Unidad incomunicable de la Iglesia, que en tres diversas ramificaciones de dogma, de moral i de culto encierra toda la economía de los secretos que Dios se a dignado revelarla; economía que enlaza i traba las partes de este cuerpo con tal disposicion, que una sola destruida, todo el edificio bambolea. Las demas relijiones llevan consigo el carácter de la inconstancia, como partos propios del entendimiento del ombre, cuya escasa luz le ace oi mirar como falso, lo que tuvo ayer por verdadero; asi las vemos vagar de error en error, dividirse, destruirse i aniquilarse.

La Iglesia es tambien *católica*, es decir, universal i perpétua, segunda cualidad que la distingue de las falsas relijiones. Es universal. Desde el nacimiento del sol asta su ocaso es grande mi nombre entre las jentes, i en todo lugar se sacrifica i se me ofrece una oblacion inmaculada, decia un Profeta anunciando esta ver-

dad, i nosotros la vemos realizada en toda su extension. En efecto, Jesucristo debia cumplir los antiguos oráculos, i para verificarlo ordena a sus Apóstoles prediquen el Evangelio a todas las naciones. ¿I qué sucedió? é aqí un echo admirable e incomprendible a la razon: doce pobres pescadores sin elocuencia, sin sabiduria, segun el mundo, sin nobleza, sin prestigio, son los ejecutores de tamaña empresa. ¿I qué es lo que intentan? una locura a los ojos de la umana filosofía; nada ménos que reformar al mundo i dar a conocer por Dios al crucificado; lo intentan i lo consiguen. Sin otros medios que la fé, la umildad, la paciencia, el desinterés, predicán la nueva doctrina, i a su voz el Capitolio se estremece, los ídolos caen i el soberbio filósofo se umilla: todo lo atacan con sola su palabra i todo lo destruyen; creencias absurdas, costumbres viciosas, pasiones inveteradas: se presentan en público, no temen ser confundidos, nada les arredra: la cuchilla del tirano en vez de acobardarles los anima, i nada desean tanto como verter su sangre para atestiguar lo que dicen. Con esta intrepidez recorren la Judea, la Grecia, la Italia, i asta la España: plantan la cruz en Corinto, Filipos, Tesalónica, Efeso, Antioqía, Roma, Creta, Ponto, Capadocia, Galacia, Bitinia, etc.: en todas partes, por do quiera que pasan, fundan iglesias, i dejan establecido el cristianismo. Sus discípulos i sucesores continúan esta grande obra, i esparcen la semilla de la fe en todo el imperio romano, i asta las últimas extremidades del globo. Sesenta lustros de crueles persecuciones no fueron bastantes para sofocar este buen grano, mas fecundo mientras mas oprimido, como dice Tertuliano. ¿Pero para qué empenarme en probar lo que la esperiencia nos enseña? ¿No vemos cada dia abrazar la fé pueblos enteros? ¿No vemos aumentarse el reino de la Iglesia, que a nadie excluye, que a todos llama para acerlos participantes de los inmensos bienes de que es depositaria? Sí, aun derraman la sangre ilustres hijos suyos por extenderla, i la India, la China, la Oceanía i otros pueblos son testigos elocuentes del eroismo cristiano i de las conquistas progresivas del Evangelio. Es perpétua. Sacó Dios al ombre de la nada con su liberal mano, i lo dotó de intelijencia; por consiguiente, ai entre el ombre i Dios relaciones necesarias; i siendo la verdadera relijion el conjunto de estas relaciones eternas, no puede dejar de existir en tiempo alguno como no puede faltar un medio adecuado por el que la criatura racional pueda dirigirse al Ser Supremo i tributarle los omajes que le son debidos. Tan antigua como el mundo, nació con el ombre, i no reconoce otro principio que Dios. I como la Iglesia no es mas que la continuacion de esta relijion, o la espresion social i visible que la representa, sube asta la creacion, realizando en sí misma los oráculos que la precedieron. Así la nueva lei se une a la antigua, i forma un todo perfecto, cuyo punto de contacto es

Jesucristo. ¿Cuál es la secta que pueda disputarle primacia, i que cuente como ella cincuenta i nueve siglos de existencia? A todas las a visto nacer, aun a la idolatria, la mas antigua de las falsas relijiones; a todas les puede decir con verdad: vosotras sois de ayer i vuestros falsos títulos me son conocidos. Mas si la Iglesia se remonta asta los primeros tiempos, durará tambien mientras aya ombres en la tierra i mas allá. Jesucristo decia a sus discípulos: yo estaré siempre con vosotros. Apoyada la Iglesia en esta promesa infalible, ve correr los siglos sin perturbarse, i sin que el tiempo pueda imprimir en ella las uellas de las vicisitudes humanas; carácter de permanencia tan propio i peculiar suyo, como es propio de la verdad ser eterna. ¿Qué importa, pues, aya falsas relijiones, si ninguna corre a la par con la Iglesia, i si al fin a de quedar ella sola, para evidenciar al mundo la inconstancia del error? La existencia pasajera de aquellas en vez de ser argumento contra ésta, es una prueba de su perpetuidad, al modo que los embates de un uracan furioso acen ver mejor la firmeza del muro que los resiste. Así la Iglesia rodeada por todas partes de enemigos, siempre en batalla i siempre victoriosa, arribará por último al puerto de salud, como la pequeña navecilla despues de aber triunfado de las olas, que parecian sepultarla; milagro perpétuo, dice el Doctor de la Francia, i un manifesto testimonio de la inmutabilidad de los consejos de Dios.

De lo dicho asta aquí resulta que solo la Iglesia Católica puede gloriarse justamente de ser la misma que fundaron los Apóstoles. Dos cosas constituyen la nota de *Apostólica* que la caracteriza, una sucesion no interrumpida de lejitimos pastores, i la identidad de doctrina, i estas dos cosas subsisten en la Iglesia.—La sucesion de pastores, por un modo especial de ordenacion divina, es un echo innegable, i basta abrir la istoria para conocerlo. Los primeros Padres de la Iglesia se valian de él para convencer a los ereses de su tiempo; nosotros nos allamos en el mismo caso, i podemos recurrir a esta prueba con igual seguridad. Esto obligaba al grandé Agustino, que vivia en el siglo cuarto, a permanecer fuertemente aderido al catolicismo. Los mismos protestantes no an podido negarlo. «No disimularémos, dicen en la memoria que presentaron en Francia los Calvinistas el año de 1775, que en el paralelo que acemos a veces de vuestra Iglesia con la nuestra..... los grandes rasgos están a vuestro favor. Erais ciertamente antes que nosotros, pues que subis asta el siglo de los Apóstoles, i nosotros no tenemos aun tres siglos de existencia, puesto que en 1515 vuestros antepasados i los nuestros comulgaban en la misma misa, celebraban la Pascua juntos i vivian en una perfecta unanimidad de sentimientos. Ademas, la cadena de la tradicion, cuyo

primer anillo fijaron Pedro i Pablo en la Iglesia de Roma, se á perpetuado de tal manera entre vosotros, qe si los Irenéos, los Gregorios, los Cirilos, los Atanásios, los Crisóstomos volviessen oi a la tierra, no reconocerian sino en la Iglesia Romana la sociedad de qe eran miembros.» ¿Para qué añadir mas? Solo esclamaré con Bossuet, ¡qué consuelo para los ijos de Dios! ¡i qué testimonio de verdad, cuando ven qe desde el Papa qe ocupa el dia de oi tan dignamente la primera silla de la Iglesia, se llega asta San Pedro, establecido por Jesucristo, Príncipe de los Apóstoles!—La doctrina es la misma qe estos enseñaron, porqe asistida siempre la Iglesia del espíritu de verdad qe la gobierna, segun la promesa del Señor, conserva este sagrado depósito sin la menor alteracion i tan puro como lo recibió de sus primeros fundadores. Es cierto qe el error, levantando su orgullosa cabeza, la a obligado en todos tiempos a sancionar muchos cánones dogmáticos para combatirlo; pero la Iglesia invariable en sus principios de fé, culto i costumbres, no a echo mas qe explicarlos añadiéndoles mayor luz, a manera de una planta frondosa qe estiende sus ramas i se cubre de ojas para resguardarse de la intemperie. Felicitémonos pues, de estar incorporados a esta vid, qe lleva frutos tan ópimos, i lamentemos la desgracia de los qe separados de ella no pueden gustar la dulzura del jugo con qe alimenta sus vástagos.

Mas, si la Iglesia de Jesucristo es *una, universal i apostólica*, es tambien *santa*; i ved aqí el máximo de sus atributos. Nada serian las demas dotes, si por imposible, la santidad no las coronase; preciosa prerrogativa qe a ella sola pertenece; vale por todas i ace su mayor elojio. Ya sea qe la consideremos en los dogmas qe enseña, en el culto qe prescribe, o en la moral qe practica, siempre la allaremos revestida de una santidad eminente, qe si bien se mira, es la prueba mas relevante de su divinidad.—La Iglesia es *santa* en sus dogmas; ¿i quién podrá negarlo? El Dios de qe nos abla contiene en si mismo toda plenitud, i de consiguiente es el único autor de todos los bienes i el principio de toda justicia i perfeccion. Siendo el Ser por excelencia, es tambien la verdad substancial, el órden inmutable i la misma santidad. Este atributo qe sin cesar resuena en las bóvedas celestes, se repite en toda la estension del universo por los ijos de la iglesia, qe son los verdaderos adoradores; lo mismo entonaban aquellos cuatro animales misteriosos del Apocalipsis: este fué el único título qe dió el Salvador a su Padre, i esto cantarán eternamente las mas sublimes intelijencias. Todas las verdades qe la Iglesia nos enseña se dirijen al mayor conocimiento del Ser infinitamente perfecto, principio i fin de todas las cosas i término de nuestra felicidad, i no ai una sola qe no tenga íntima re-

lacion con alguna de sus infinitas perfecciones. Pero si queremos tocár como con la mano la santidad del dogma de la Iglesia, fijemos los ojos en Jesucristo, objeto primario de su enseñanza. Es imposible figurarse una santidad mayor que la suya, tal como la Iglesia nos la da a conocer, Santo, inocente, separado de los pecadores, no reconoce otra grandeza que la virtud, ni otros éroes que los Santos. El orgullo umano busca los ombres grandes sobre los tronos, en los combates, o en los laureles de una inchiada sabiduria; a los ojos de Jesus un justo criado en los desiertos es el mayor de los mortales. Pero ¿qué es la Santidad de este justo comparada con la de Jesucristo? No soi digno, dice, de desatarle los zapatos. ¡Qué diferencia, Señores, entre el Santo de Isrrael i los dioses del paganismo! Un Júpiter incestuoso, una Venus impúdica, un Baco vinolento son las monstruosas divinidades que supo inventar la razon extraviada. Solo las verdades santas de la fé pudieron desterrar del mundo estas deidades, o mejor diré, los vicios divinizados: solo el carro triunfal de Jesucristo pudo quebrar tantos ídolos, dejándolos por trofeos al pié de la cruz.—Santa en su culto. Cesaron ya los abóminables sacrificios de la jentilidad, orrendas ecatombes de víctimas humanas, incapaces de aplacar a mentidas divinidades. ¿I qué es lo que la Iglesia presenta al Ser Supremo? Ah! para tratar este punto necesitaba yo lengua mas que de ombre. Una oblacion santa, una ostia pura se inmola diariamente al Dios de los ejércitos en el templo universal de la Iglesia: las aras sacrosantas están bañadas con la sangre del cordero inmaculado, i un olor de indecible suavidad sube como el incienso asta lo mas alto de los cielos, víctima adorable, digna del Dios a quien se ofrece, i capaz por sí sola de santificar mil mundos. Las augustas ceremonias que la acompañan, dan un nuevo realce a tan alto sacrificio, i el alma del cristiano llena entónces de los mas profundos sentimientos de amor i de respeto, sale para de sí misma, i siente toda la presencia de la majestad de un Dios ombre que la inflama i la penetra. El célebre Haller decia escribiendo a su familia: «la belleza de los templos católicos elevó siempre mi espíritu ácia los objetos religiosos, al paso que la desnudez de los nuestros, de donde se a echo desaparecer asta el último emblema del cristianismo, i la sequedad de nuestro culto me desagradaron: pareciame muchas veces que nos faltaba alguna cosa, i que éramos unos extranjeros en medio de los cristianos.... Vi un libro destinado para el pueblo, en donde se esplican los ritos i ceremonias de la Iglesia católica, que compré por mera curiosidad. ¡Cuál fué mi admiracion al aprender tantas cosas instructivas, el sentido, fin i utilidad de tantos usos, que miramos como otras tantas supersticiones! —Santa en el dogma i en el culto, la Iglesia, no es ménos santa en la moral: consecuencia necesaria,

Todas las reglas que dá, todos los preceptos que impone, no tienen otro objeto que la santificación. No ai una virtud que no mande, ni vicio alguno que no proiba, i basta leer el Evangelio para conocer esta verdad. Poniendo en paralelo las máximas santas que contiene con los delirios de la filosofía, nos vemos obligados a esclamar: ¡O moral pura, tú restituyes al ombre su antigua dignidad! ¡tú sola le aces feliz mostrándole el sendero de la virtud! La filosofía no izo mas que condensar la tinieblas del espíritu i añadir el error a la ignorancia, el orgullo a la ceguedad. Sus adeptos, aunque bastante ilustrados para burlarse de la simplicidad de los pueblos, no dejaron por eso de incurrir en groseros errores; seria largo si quisiese enumerar sus absurdos; pero eorramos un velo i no avergonzemos a la razon umana. La moral de Jesucristo derrama torrentes de luz sobre la tierra, marca con precision nuestros deberes i practicada eleva el alma a la mas sublime santidad; rectifica todas las acciones esternas, i asta los mas íntimos movimientos de nuestro corazon, en su lenguaje un secreto deseo, un oculto pensamiento contra la lei es un crimen atroz. La umildad, la pureza, la paciencia, el amor fraternal, todas las virtudes son su objeto: el orgullo, la avaricia, la sensualidad, la venganza; todos los vicios están procriptos en ella. ¡ ved aquí lo que aee a la moral cristiana tan animada, tan interesante, tan amable. Esta es la lei de los desgraciados, de las almas tiernas i sensibles; esta es aquella doctrina divina, que, si no a bajado del cielo, no a podido tener su orijen en el pensamiento del ombre: ella nos acerca a Dios por nuestras miserias mismas, i ace de nuestros trabajos otros tantos motivos de consuelo. No así la estéril filosofía de la incredulidad, que, como dice un filósofo convertido, no puede causar consuelo alguno al corazon umano. Por otra parte, ¡ con qué verdades tan poderosas no nos mueve a obrar el bien! Segun ella, un premio eterno aguarda al justo, un eterno castigo al delincuente; verdades eficaces que an dado a la Iglesia tantos ijos beneméritos: contad, si podeis, los éroes de santidad, que an sabido inmortalizar sus nombres, dejándolos grabados en el cielo con un buril eterno. Entre nosotros mismos aun está fresca la memoria del caritativo Balmaceda, del celoso Padre Infante, del ejemplar Gutierrez (1). ¿ Pero qué digo? Con solo predicar esta santa moral se civilizan pueblos enteros de bárbaros, sus costumbres se mudan i se improvisa una sociedad de justos. De aquí se

(1) El R. P. M. Fr. Antonio Gutierrez de la Orden de San Francisco, natural de la Provincia de Coquimbo. Fué mientras vivió por su saber i virtudes el ejemplo i oráculo de la comunidad. Murió en Valparaiso con la muerte de los justos el día 10 de Julio de 1842. En la « Revista » se dará de él una noticia mas extensa.

sigue el interes jeneral que debe aber en conservar intacta la moral del Evangelio. Traspasada esta barrera, la sociedad se desmorona, porque la relijion que le sirve de base viene a ser una farsa a los ojos del ombre: la autoridad sola no puede sostenerla, porque no llega sino adonde alcanza la fuerza; i esta es limitada i débil: débil para contener al poderoso, limitada, porque no siempre puede reprimir al malvado. Pero la moral es el mas firme apoyo de las instituciones sociales i la mejor garantia de nuestros derechos: sin ella todo es perdido, i con ella restablecido todo; su influjo benéfico se estiende a todas partes, desde el suntuoso palacio asta la mas umilde choza; penetra suavemente el corazon del ombre, dulcifica sus costumbres i reprime las pasiones, orijen fecundo de todos los males.

Señores, ¡qué hermosa sociedad es la Iglesia! ¡qué leyes tan sábias la gobiernan! ¡qué fuerza tan admirable la sostiene! ¡qué prerrogativas tan bellas la decoran! Con todo, en una sola base está fundado este edificio inmenso—la mano del Omnipotente. Obra jefe del Señor, descuella sobre todas las del mísero mortal. Ella como su autor da vista a los ciegos, vida a los muertos, es decir, verdad a la intelijencia, caridad i virtud al ombre a quien las pasiones tenían sujetado. Contemplad las maravillas que encierra, la inmutabilidad de su doctrina, la estension de su poder, el carácter celeste de sus divinos atributos. ¡I qué sería si nos fuese permitido mirar su oculta magnificencia? ¡qué riquezas descubriríamos! pero esto no es dado a la carne ni a la sangre. Nada, pues, se puede imaginar mas grande, mas sublime que esta Iglesia, caminando con paso majestuoso al traves de los obstáculos sin número que encuentra en su marcha, asta llegar inmortal a sus destinos.

E concluido; pero no debo dejar la palabra sin esparcir algunas flores sobre la tumba de una sombra ilustre. Ablo, Señores, del R. P. Fr. Lorenzo Soto, del Orden de San Agustin, a quien una muerte prematura arrebató de en medio de vosotros en la primavera de su edad, i con él muchas esperanzas. En poco mas de treinta años abia corrido con aplauso todos los grados de la Orden asta recibirse de Maestro. Sus virtudes lo hicieron acreedor al Priorato de la primera casa de su comunidad. Colocado en este puesto importante, se dedicó con empeño a reformas útiles, que alcanzó a principiar, i que no le permitió llevar a cabo el corto tiempo que sobrevivió a su eleccion. El Supremo Gobierno, en atencion a sus luces i méritos, tuvo a bien condecorarlo con el título de Miembro de esta respetable corporacion, en la Facultad de Ciencias Eclesiásticas. Yo vengo a reemplazarle, mas no puedo congratularme de llenar completamente el vacio que deja. Su juventud, su aplicacion i sus talentos distinguidos todo lo prome-

tian. Sin duda abeis perdido un digno concolega. ¡Sensible pérdida! i mucho mas para la Facultad a que pertenecia. Pero ¿quien puede suspender el decreto de muerte, una vez tirado contra nosotros? Desapareció, pues, abiendo apenas saboreado los puros placeres de que está sembrado el camino de las ciencias. Pasó con rapidez, i en su raudo vuelo nos dejó una grata memoria.

El presbítero D. José Ipólito Salas contestó a nombre de la Universidad i de la Facultad de Teología, como sigue:

Señores:

Soi en este momento el órgano de los sentimientos que animan a la respetable corporacion a que pertenezco, i me congratulo de ser el intérprete de sus justas simpatías con el miembro que oi recibe placentera en su seno. Ella se felicita, porque a sabido llenar un vacío que deploraba con la eleccion de un colega, en cuyos talentos, dedicacion i virtudes libra una buena parte de sus mas lisonjeras esperanzas. Yo, al contestaros, señor, en este dia a su nombre, quisiera que el eco débil de mi voz fuese bastante enérgico para descifrar el conjunto de gozes puros que llenan mi corazon, al ver colocado a un antiguo amigo en un puesto onrrroso, que sabrá desempeñar con honor i dignidad. Pero no es este el lugar oportuno en que debo dejar correr libremente el discurso sobre el noble sentimiento de la amistad que forma los mas dulces encantos de la vida. El deber exige de mí tributar oi un omenaje público al talento distinguido i al mérito relevante, i aquí confieso, Señor, que vuestra modestia aoga mis mas fervientes deseos. Temo que la expresion fiel de la verdad pueda rozarse con la despreciable lisonja que detesto. Por esta razon sufoco gustoso el lenguaje del sentimiento, i bien podria acer otro tanto con respecto al mérito literario del discurso que acabais de pronunciar, si no pesara ombre mis obras la grata obligacion de añadir algunas pinceladas al cuadro hermoso que nos abeis exhibido con todo el arte que era mui justo esperar.

El campo recorrido en toda vuestra composicion es dilatado, i el encadenamiento de las verdades oportunamente desarrolladas es arto interesante, i luminoso para que yo intente recomendarlo a la consideracion de esta respetable asamblea. La importancia del asunto que se a tratado es de tal naturaleza, que siempre a ocupado la atencion de los grandes ombres que mas an

figurado en el mundo literario. La Iglesia, su constitucion divina, el órden jerárquico de sus pastores, sus remarcables caracteres, tales son los puntos sobresalientes en que hemos visto al teólogo profundo i al orador elocuente cautivar los sentidos i apoderarse de la imaginacion para rendir victoriosamente el entendimiento. La fuerza del raciocinio i los atractivos de la elocuencia, la pureza del lenguaje i la valentía de los pensamientos, la razon i la autoridad an marchado por un sendero sembrado de flores, presentando con amenidad e interes un asunto fecundo en importantes reflexiones. La naturaleza, los derechos i las prerrogativas de esa sociedad santa fundada por el ijo de Dios, an sido discutidos con el órden, precision i claridad que siempre caracterizan a las producciones en que campea el poderio del convencimiento con las bellezas i encantos de la buena elocucion. Motivos son estos que a toda esta corporacion, i principalmente a la seccion de Ciencias Eclesiásticas, an debido colmar, i colman en efecto, de aquel justo regocijo que es el precursor de un porvenir alagüeño. El vivo interes, Señor, con que os an escuchado los sabios a quienes abeis dirigido la palabra, manifiesta este voto de su aprobacion, i me autoriza a revelaros anticipadamente su juicio.

Todos ellos se felicitan por vuestra adquisicion, pues cuentan en vos un agente mas para acelerar el movimiento intelectual que se siente en la República, i que tan ermosos dias prepara a nuestra patria. Todos observan con placer ese entusiasmo con que se inician entre nosotros los trabajos científicos, i miran con una sorpresa mezclada de júbilo a los amantes de la sabiduría correr presurosos al templo donde ella mora a saborear los deliciosos placeres de las ciencias. Toca a la Universidad dar direccion acertada al vuelo rápido de los talentos distinguidos que descuellan en nuestro suelo. De este centro de luces deben partir los rayos que iluminen a todos los puntos de la circunferencia de la República; i la Facultad de Teología se congratula de ser llamada a tomar parte en esta empresa grandiosa, fomentando i difundiendo las máximas puras i civilizadoras del santo Evangelio. Estas son las que, regulando la marcha de la intelijencia i previniendo los extravios del corazon, conducen al santuario de la sabiduría por la senda del onor i de la virtud. Sin ella los progresos en todos los otros ramos del saber no podrian sernos liasonjeros. La influencia saludable de los principios religiosos en la mejora de las costumbres i en la cultura intelectual de los ombres, es un echo reconocido por todos los escritores célebres, i felizmente garantido por la experiencia de diez i nueve siglos, en que el cristianismo a alcanzado sus mas gloriosas conquistas.

«Si la brújula a descubierto el universo, el cristianismo le a echo sociable,» decian dos jenios ilustres de la Francia. Verdad consoladora qe señala al filósofo, al literato, al jurisconsulto el verdadero camino de las glorias literarias. Fraternidad entre el saber i la virtud, e aquí el medio único de obtener un renombre esclarecido en la República de las letras; ¿i quién sino la relijion a podido garantir i sancionar este concierto armonioso entre esos inestimables dones del cielo? Ella es la mejor salvaguardia del onor i el jérmen mas fecundo de toda moralidad. Ella corona las fatigas del sabio i presta su apoyo a los vastos planes del lejislador. Las leyes i lo mismo digo de las ciencias, no arreglan sino ciertas acciones; la relijion las abraza todas; las leyes no contienen sino el brazo; la relijion arregla el corazon; las leyes no se refieren sino al ciudadano, la relijion se apodera del ombre; i esta relijion, digámoslo para gloria suya, no a usurpado jamas los derechos imprescriptibles de la razon umana; anuncia qe la tierra a sido dada en erencia a los ijos de los ombres; abandona el mundo a sus disputas, i la naturaleza entera a sus investigaciones; si da reglas a la virtud, no prescribe límite alguno al ingenio. Calumnian los qe la atacan como enemiga del jenio i de las instituciones científicas.

Vos, Señor, sois tambien llamado a promover la grande obra de los intereses sagrados de esta relijion divina. Bien sabeis qe a la sombra i bajo los auspicios de esta ija de los cielos, la onrradez, la probidad, el desinteres, la filantropía, todas las virtudes cívicas i morales prosperan en todos sentidos; i tampoco ignorais qe la anarquía, el desenfreno, la licencia de las costumbres, estos enemigos de la humanidad, uyen despavoridos a presencia de ese ángel tutelar de los pueblos, qe los persigue asta en sus mas recónditas guaridas. Doblád, pues, vuestros esfuerzos por el sosten i la difusion de los principios conservadores del gran código del catolicismo. Oi os abeis incorporado a la Facultad qe está encargada de propagarlos. Ella cuenta con la eficaz cooperacion qe vuestros talentos prestarán a sus trabajos, i cree, no sin fundamento, qe la razon i la ciencia, rindiendo en el siglo en qe vivimos omenajes solemnes de respeto a la causa santa de la relijion, empleadas diestramente por vos, reportarán cada dia nuevos i mas espléndidos triunfos. Esto se promete, i vos sabreis corresponder a sus esperanzas.—E dicho.

